



LIVIA MOTTERLE

*I tenia cor. Treball sexual, violències
i resistències*

BARCELONA: BELLATERRA EDICIONS

AÑO: 2023

PÁGINAS: 287

ISBN: 978-84-19160-28-7

MARTINA DE SIERVO / UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Reseña

¿Por qué el trabajo sexual está estigmatizado? ¿Por qué el trabajo sexual es trabajo? ¿Cuál es el punto de vista de la trabajadora sexual y de qué manera construye su capacidad de agencia? ¿Qué papel tienen las trabajadoras sexuales en relación con el contexto urbano en el que ejercen? Estas son algunas de las preguntas a las que la autora responde en el libro *I tenia cor*, en el cual, mezclando reflexiones antropológicas teóricas con el estudio de campo realizado en Barcelona, ofrece un viaje articulado al corazón de un fenómeno largamente distorsionado.

El análisis es actual y relevante porque las personas que ejercen el trabajo sexual constituyen uno de los colectivos más estigmatizados en nuestras sociedades, puesto que transgreden las normas sexuales impuestas por la moral y el poder político. Como argumenta Erving Goffman (2008), el estigma social se compone de un conjunto de atributos que se imponen y desacreditan a quienes muestran comportamientos socialmente sancionables y causan situaciones que los inhabilitan «para una plena aceptación social».

En el libro de Motterle queda patente la complejidad del irreversible estigma de la puta que, manchando de manera profunda a las trabajadoras sexuales, genera violencia estructural y simbólica para controlar la sexualidad de todas las mujeres y las disidencias sexuales. Si ya el filósofo

francés Foucault habló de «dominio» de los cuerpos o de estrategias de control de la *scientia sexualis* que termina por crear procedimientos de gestión de la sexualidad, Motterle pone de relieve cómo la sexualidad se ha convertido en un «marcador de normalidad y guía para el castigo» (p. 97). La creación del concepto y del estigma parece tomar en consideración la opinión de Stuart Hall, según la cual la identidad se debe analizar en relación con las nociones de diferencia: «las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella» (Hall, 1996, p. 18). La identidad implica una exterioridad constitutiva que significa que cualquier identidad supone su creación «a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su afuera constitutivo» (Hall, 1996, pp. 18-19).

El libro *I tenia cor* se abre con unas confesiones metodológicas que la autora comparte para introducir al lector y la lectora en el trabajo de campo y en las prácticas errantes y encarnadas de la etnografía realizada en el barrio del Raval de Barcelona entre 2012 y 2015. La narración de la metodología es apasionante y permite comprender mejor el viaje etnográfico y empático de la autora, basado en lo que Stoller (1989) denomina «antropología del sentir», según la cual los cuerpos de los informantes y de la antropóloga no están ausentes, sino en acción, alerta y escucha. Dicha metodología usa herramientas fundamentales como la empatía, el sentir junto, ofreciendo al lector un relato profundamente humano de un fenómeno tan complejo. De hecho, a veces la autora en las entrevistas y en el diario de campo se acerca, se mezcla y termina casi fundiendo su voz con la de las trabajadoras sexuales.

La narración permite comprender a fondo cómo Livia Motterle empujó el trabajo etnográfico en la ciudad de Barcelona y las formas de violencia y resistencia del barrio del Raval de Barcelona. El análisis de la política urbanística y de las *culturas de control* ejercidas en el Raval, así como de instrumentos como la *Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia en el espacio público* de la Ciudad Condal (2012), otras ordenanzas municipales y la estrategia de supervisión de la administración local, muestra que estos dispositivos son elementos clave para comprender el contexto en el que se desarrolla el fenómeno y los mecanismos de violencia que afectan a quienes habitan el barrio.

La aproximación historiográfica y la cuidadosa revisión del Archivo Histórico del Hospital de la Santa Creu de Barcelona logran explicar algunos acontecimientos que se han producido en España —con especial atención al período del higienismo del siglo XIX— desde el siglo XIII hasta el día de hoy. La lectura crítica del contexto histórico es fundamental para comprender la construcción del imaginario de peligrosidad que

implicaba a todas las mujeres que se rebelaban contra las reglas del sistema patriarcal, que no encajaban en modelos heteronormativos y a quienes, por tanto, se tachaba de «desviadas». Los documentos históricos — relativos a la institución del Convento de las Egipcíacas a finales del siglo XV, que hospedaba todo tipo de pobres, mujeres solteras y las que no vivían una sexualidad normativa (adúlteras, lesbianas, transexuales y trabajadoras sexuales) o, en siglos más recientes, la prisión de mujeres Casa Galera— muestran cómo el Estado español ha cristalizado normas y leyes con el objetivo de controlar a las mujeres y las personas marginadas para evitar problemas y enfermedades.

Las reflexiones de Foucault relativas a la «transposición en discurso» de la sexualidad resultan útiles para comprender mejor la relación que se establece con los individuos al final del siglo XIX: el cuerpo no solo se juzga, sino que se administra con procedimientos de gestión por parte del Estado. Durante el higienismo, además de considerar a las prostitutas como moralmente desviadas, también se pensaba que eran biológicamente anormales. En el libro de Motterle entendemos el contexto en el que, a finales del siglo XIX, paralelamente a la consolidación de la doctrina higienista, nace la criminología positivista del médico, criminólogo y antropólogo italiano Cesare Lombroso, basada en factores materiales como la herencia biológica, elemento natural e innato que según él llevaría a los individuos a violar las leyes. En este sentido, el criminal no es voluntariamente responsable de sus acciones delictivas porque está motivado por fuerzas físicas no controlables. En este contexto de desviación social, la prostituta representa un equivalente del criminal y sufre de síntomas de anormalidad y peligrosidad llevando incorporado el estigma de la degeneración. Tanto es así, que el criminólogo italiano afirma que: «las mujeres criminales y las prostitutas se reconocen por la dimensión de su cráneo, mucho más inferior que el de las mujeres normales, y por poseer una boca prominente que recordaría el morro de los animales» (p. 100).

El recorrido histórico trazado por Motterle permite entender no solo la creación de normas éticas y sanitarias que prevalecen sobre la libertad del individuo, sino también la construcción arraigada en la historia de un imaginario de «mujeres degeneradas». El análisis de mecanismos estatales o administrativos de control de la sexualidad, las normas morales y los hábitos sociales de los ciudadanos es fundamental para entender cómo las trabajadoras sexuales encarnan la desvalorización social del estigma y sufren la dimensión estructural institucionalizada. La autora misma considera que «[a]tribuir factores de riesgo, peligrosidad, maldad, suciedad a cuantas no obedecen a las leyes impuestas en nombre de la

‘convivencia’ es un dispositivo para dominar sus acciones, expresiones, manifestaciones» (p. 339). Como nos recuerda Motterle, la antropóloga Dolores Juliano destaca que «lo que *producen* alarma ciudadana y que se manifiesta como una de las preocupaciones prioritarias de la población es la existencia de personas que ocupan un lugar en el espacio que es diferente del que se les ha asignado» (p. 196).

El libro permite destacar mecanismos de gestión del estigma como el empoderamiento individual y colectivo. Como señala la autora, «la palabra *puta* conlleva una fuerza, la de guiarnos en un proceso feminista que va desde el estigma al orgullo, de la marginalidad al empoderamiento» (p. 144). Dicha experiencia de empoderamiento hace de punto de partida para que las personas que sufren una opresión se organicen y propongan cambios estructurales con el objetivo de reconfigurar los hechos sociales y estructurales de su situación. Motterle opina que apropiarse del estigma *puta* «marca con fuego el cuerpo de las trabajadoras sexuales, pero también de las mujeres cis, lesbianas y trans que no se dedican a la profesión [y] puede conducir a un cambio social». Las experiencias del trabajo de campo y la lucha al lado del movimiento feminista pro-derechos de Barcelona permiten destacar algunos eficaces ejemplos de disidencia y profundizar en las prácticas de resistencia que se llevan a cabo en contra del patriarcado y de las políticas urbanísticas municipales.

En las páginas del libro, nos adentramos en una brillante etnografía que evidencia cómo se infravalora a las mujeres que venden servicios sexuales, permitiéndonos viajar por las calles de Barcelona y el barrio del Raval hasta llegar al corazón del fenómeno del trabajo sexual. Podemos decir que el mérito del libro es, sin duda, acompañar al lector y lectora con claridad teórica e interesantes relatos etnográficos por los mecanismos del estigma de la *puta*, ilustrando cómo funciona la estrategia patriarcal vinculada a la construcción del género y logrando construir un archivo de la memoria que no abarca solo a las protagonistas del estudio de campo, sino también a todo el colectivo *Putas Indignadas* y el movimiento pro-derechos activo en Barcelona en los años 2000.

El libro aporta una valiosa contribución académica y feminista al estudio del fenómeno del trabajo sexual en Barcelona, permitiendo al lector y lectora comprender que los sujetos femeninos son activos en vez de objetos pasivos o víctimas sin capacidad de agencia. Además, el análisis de las interacciones entre trabajadoras sexuales y Estado expresa —quizás mejor que ninguna otra categoría de ciudadanos— las profundas tensiones que, con la evolución y la progresiva consolidación de políticas de control, se han cristalizado en la ciudad donde se ha afirmado el célebre «modelo Barcelona».

Para concluir, *I tenia cor* presta especial atención al contexto en el que se desarrollan los fenómenos examinados y a los relatos de las trabajadoras sexuales, permitiendo devolver una genealogía de estas tensiones y una documentación profundamente humana del fenómeno con la intención de desmitificar el imaginario sobre el trabajo sexual, porque, como afirma la autora, «hay que resistir para documentar y documentar para desmitificar» (p. 259). Si la etnografía de Motterle ha sabido despertar cuestiones fundamentales, poniendo en el centro las voces de las trabajadoras y desvelando un lado menos conocido del *sex work*, estamos impacientes por conocer hacia qué futura narración nos conducirán las próximas arterias disidentes de la investigación de la autora.

Referencias

- Goffman, E. (2008) [1963]. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Hall, S. (1996). ¿Quién necesita 'identidad'? En S. Hall y P. du Gay (Comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu: Buenos Aires.
- Stoller, R. (1989). *The Taste of Ethnographic Things: The Senses in Anthropology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.